Gobierno del Estado Coahuila de Zaragoza

FILC Feria Internacional del Libro Coahuila 2021

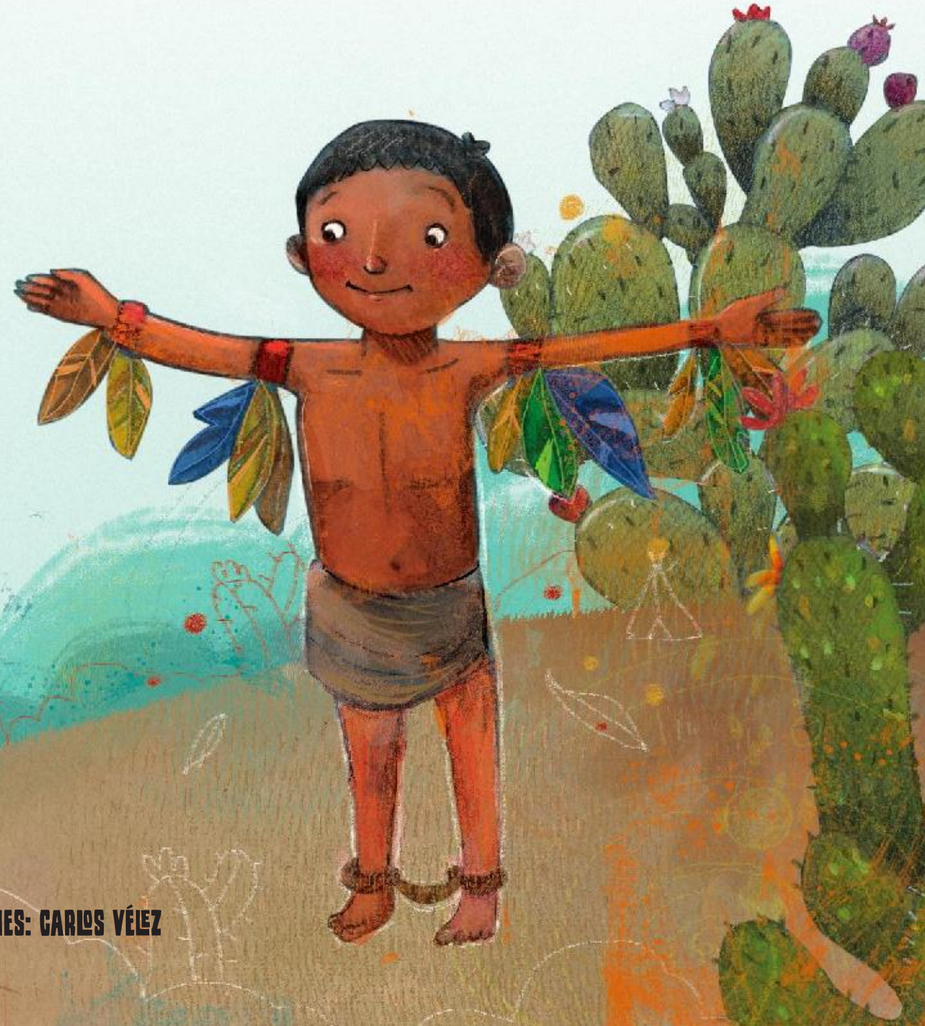
amonite

SC Secretaría de Cultura

¡Fuerte, Coahuila es!

EL NIÑO QUE SE QUEDÓ A VIVIR ARRIBA DE UNA NUBE

QUITZÉ FERNÁNDEZ / ILUSTRACIONES: CARLOS VÉLEZ



© Quitzé Fernández Bonilla
© Carlos Vélez Aguilera
© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Texto: Quitzé Fernández Bonilla
Ilustración: Carlos Vélez Aguilera
Asesoría: Carlos Manuel Valdés
Edición e Investigación: Alejandro Beltrán
Diseño editorial: Florentino Durón Gómez (www.amonite.com.mx)

ISBN: 978-607-9376-68-0

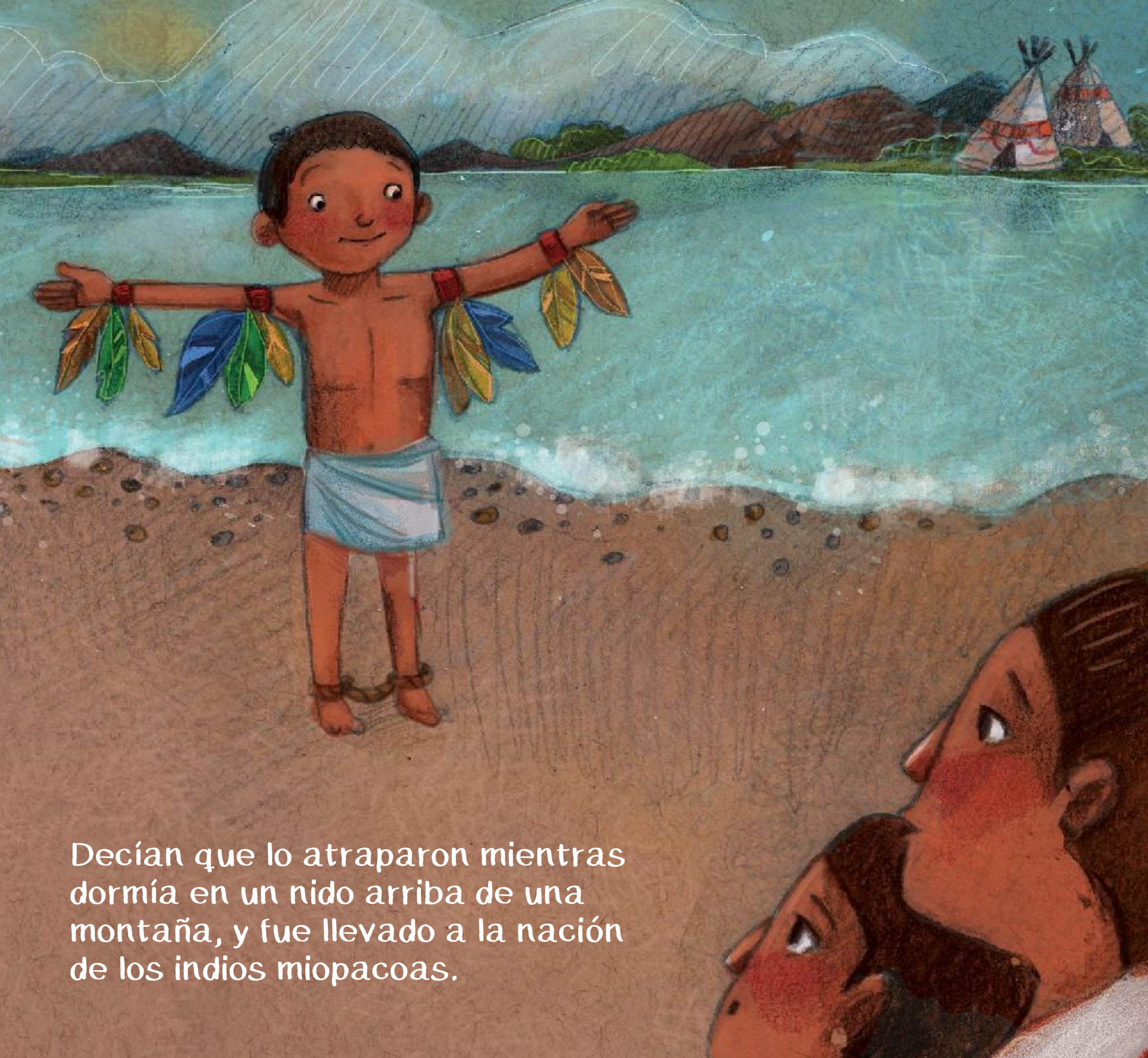
Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Para Victoria, Emma y Valeria, niñas con alas.

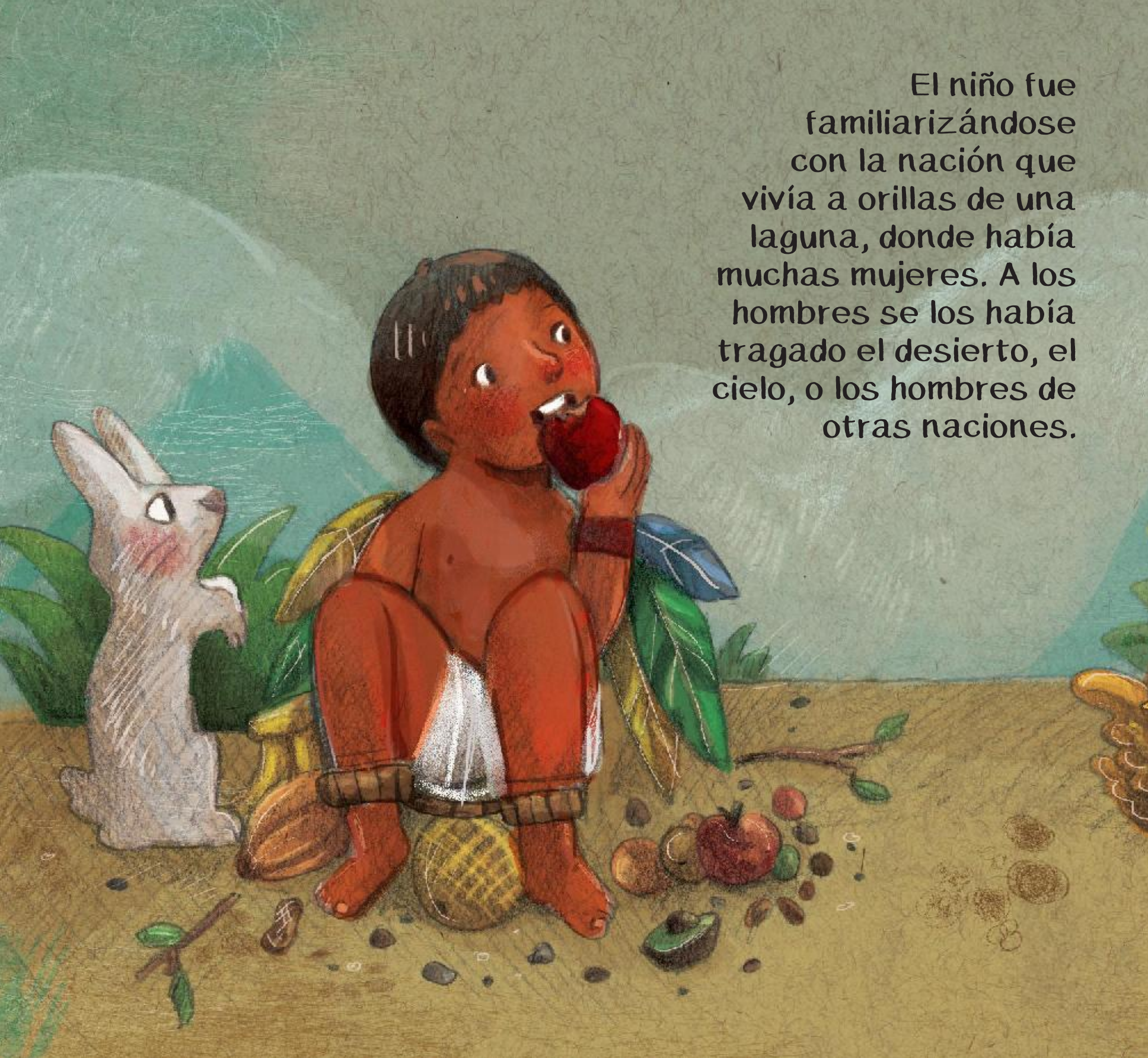
Había un niño que era capaz de volar porque
se amarraba plumas de aves en los brazos.
Era delgado, callado y pequeño.

Todo el tiempo andaba detrás de las niñas y mujeres, solitario; como perdido; casi siempre estaba a punto de caer porque traía una soga enredada a las piernas.



Decían que lo atraparon mientras dormía en un nido arriba de una montaña, y fue llevado a la nación de los indios miopacoas.

Con el arco y la flecha era capaz de atinarle a una tuna a varios metros de distancia. No sabían quién le había enseñado a tirar. Su arco era más chico que los arcos de los otros niños, a quienes desde muy chicos sus abuelos les daban uno para que fuera una parte más de su cuerpo.



El niño fue familiarizándose con la nación que vivía a orillas de una laguna, donde había muchas mujeres. A los hombres se los había tragado el desierto, el cielo, o los hombres de otras naciones.

Un día, la tierra del piso le pareció más cómoda que el aire donde flotaba y se liberó las piernas de la soga.

A pesar de que no hablaba ni sonreía, tenía simpatía por Miopacoa, un niño hijo de un gran guerrero quien se fue persiguiendo a unos hombres que tenían mucho cabello en la cara y jamás regresó.

Ambos serían los encargados de cuidar a la nación, para eso tenían que pasar una gran prueba que consistía en salir al desierto, y regresar con un animal cazado por ellos mismos.

En ese momento serían hombres.

Miopacoa soñaba con regresar con un águila, halcón o venado para que todos recordaran a su padre. El niño de las plumas en los brazos se encogía de hombros. Nadie sabía con qué iba a volver. Se negaba a lastimar animales, incluso en los días de invierno en que sólo comía masa preparada con harina de mezquite y algunas frutas secas que escondía entre las piedras.

Una mañana de esas de marzo, cuando debajo de un árbol parece invierno y los rayos de sol ya queman como en verano, el niño y Miopacoa salieron por separado rumbo al desierto. Llevaban sus arcos en la mano y las flechas en la espalda.

La mirada atenta. El aire revolviendo sus cabellos.

A esa hora las víboras comenzaban a sacar su panza al sol para que les quitara el frío del invierno.

Los venados olfateaban la presencia de los humanos para medir en qué momento podrían salir a beber agua.

Mapaches, conejos, ardillas y perritos de la pradera
jugueteaban como si estuvieran en una fiesta interminable.
Y los osos, mapaches, jabalís, bisontes y pumas preparaban
estrategias para no ser alcanzados
por las flechas de los futuros guerreros.

Miopacoa no encontró animales alrededor de la laguna porque era una gran mancha de agua rodeada de tierra blanca, seca y dura que parecía un invierno caliente.

Caminó hasta que sus pies casi reventaron de tanto pisar piedras. Por las mañanas tomaba agua que se almacenaba en las fibras de los magueyes; comía insectos, sacaba tarántulas de sus pozos para tatemar su carne; para protegerse del frío, se metía en las cuevas abandonadas por los coyotes.

Después de algunas semanas pudo ver huellas de lo que parecía un oso y siguió su rastro hasta llegar a una montaña de árboles verdes y aire frío. Ahí fue sorprendido por tres hombres con barba que protegían su cuerpo con algo parecido a escamas de pescado y llevaban largos arcos que aventaban fuego.

Intentaron capturarlo. Miopacoa era más rápido que ellos y les llevaba varios metros de ventaja hasta que se vio atrapado por una pared de rocas. No tenía escapatoria, iba a ser llevado a otro lugar con personas diferentes a él y cambiarían para siempre su destino.

Uno de los hombres con escamas le apuntaba y el otro preparaba una soga para amarrarlo, pero una flecha dio justo en el tronco de un árbol, que desprendió varias manzanas. Antes que la última cayera al suelo, otra flecha la partió en varios pedazos.

Los hombres buscaron con su vista entre los árboles. Vieron a un niño delgado que sostenía un arco pequeño y de sus brazos sobresalían unas enormes plumas.

El niño corrió rumbo a un barranco como de treinta metros de altura. Los hombres iban tras él como si hubieran visto un tesoro y olvidaron a Miopacoa, quien trepó la pared y escapó.

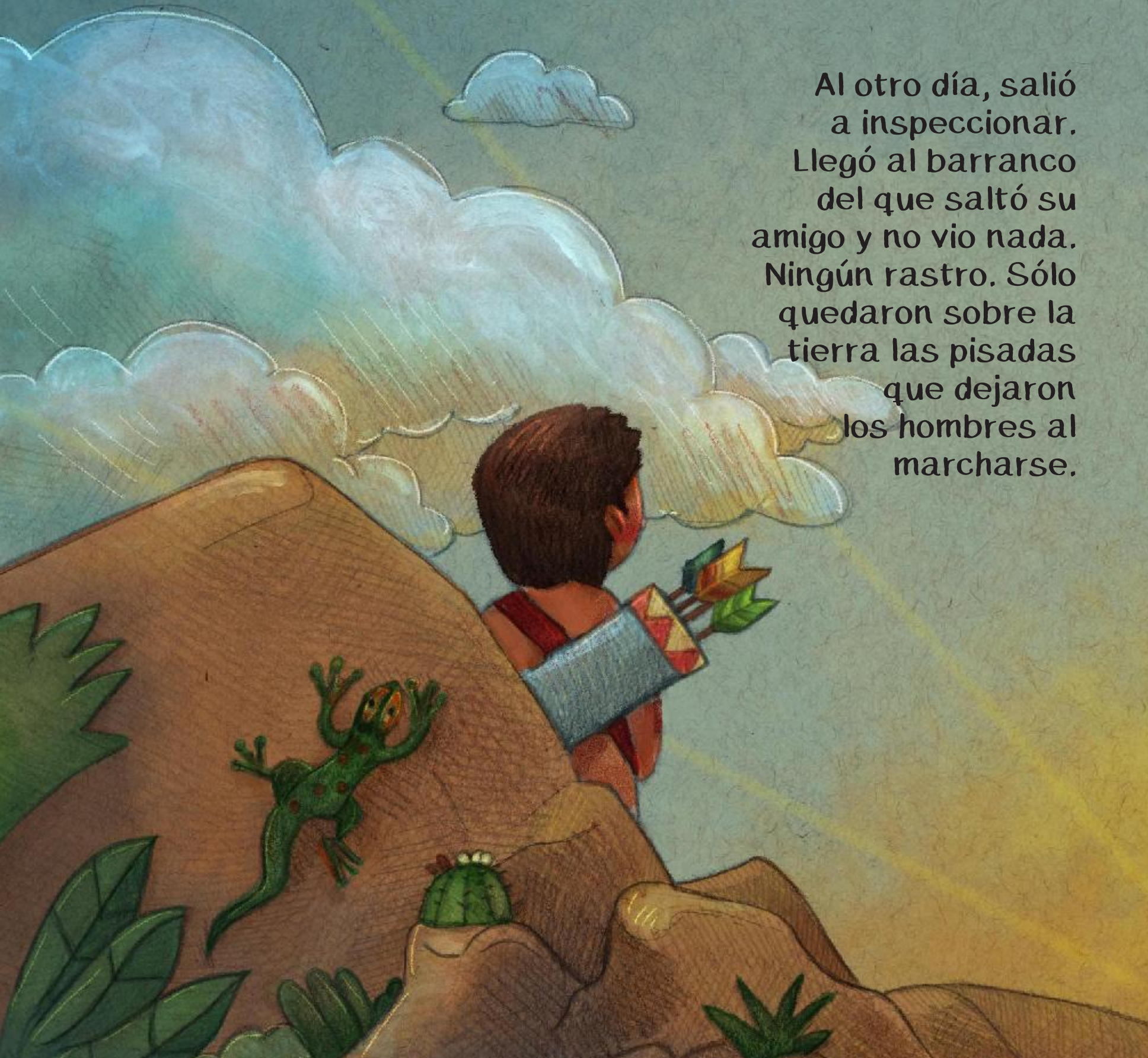
Escondido tras unas rocas, Miopacoa alcanzó a ver cómo los hombres disparaban con la intención de que su amigo se asustara y se detuviera; sus pies ahora eran mucho más ligeros.

Al llegar al barranco, el niño saltó muy alto y flotó varios minutos en el aire con los brazos extendidos. Las plumas que traía amarradas en los brazos parecían que cobraban vida y empezó a elevarse, ligero como una hoja, mecido por el viento.

¿Volaba?

¿Era un ave?

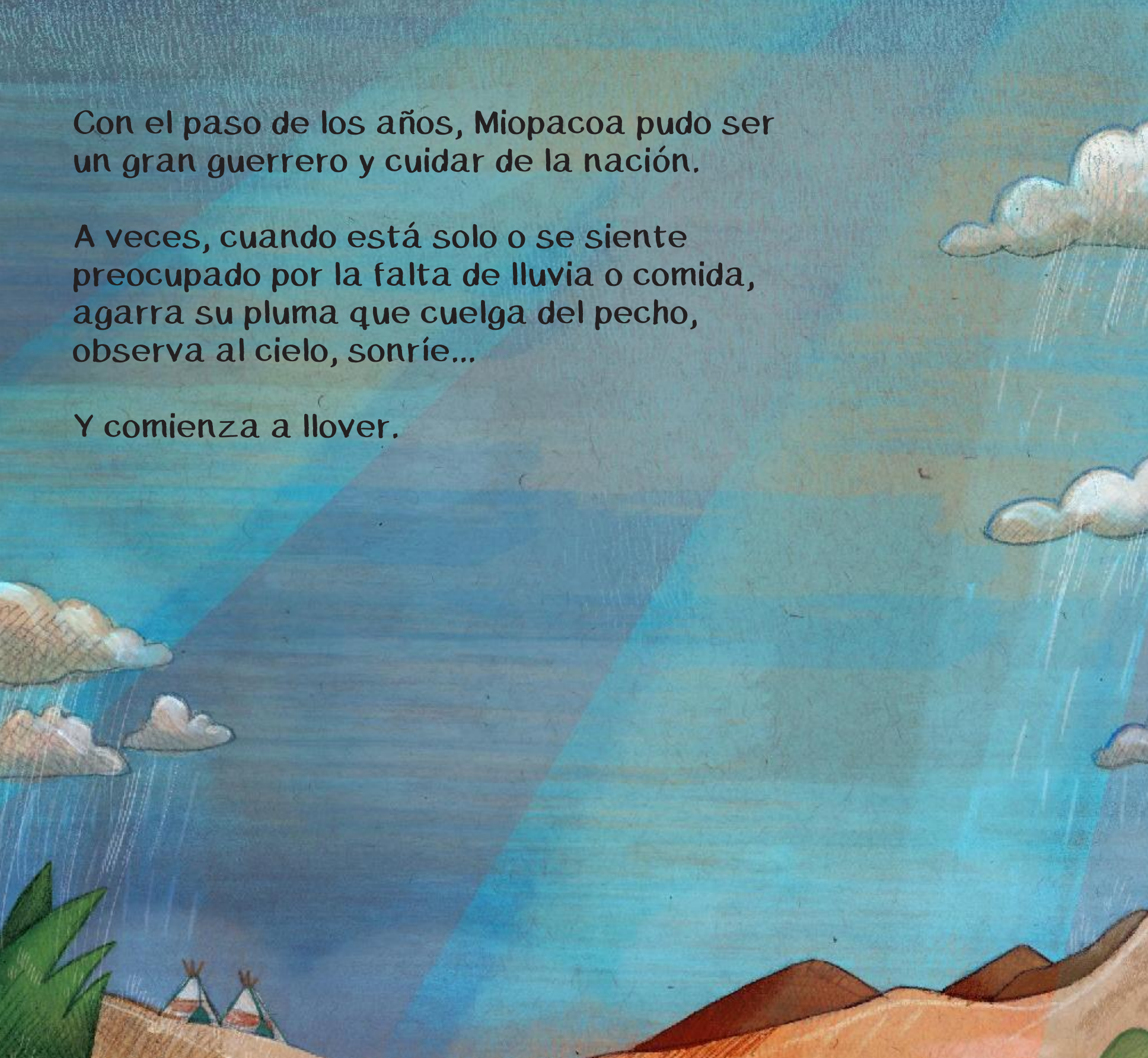
Eso fue todo lo que Miopacoa alcanzó a ver antes de esconderse en una pequeña cueva donde pasó la noche.



Al otro día, salió a inspeccionar. Llegó al barranco del que saltó su amigo y no vio nada. Ningún rastro. Sólo quedaron sobre la tierra las pisadas que dejaron los hombres al marcharse.

Al bajar la montaña, encontró una pluma que pertenecía al niño. La apretó muy fuerte con la mano y la colgó en su cuello. De regreso a casa pudo cazar dos conejos, una ardilla y un correcaminos.

A su regreso lo esperaba una fiesta porque ya era un guerrero. Les contó a todos lo que había pasado con su amigo, quien lo salvó de los extraños con armadura. Les dijo que seguramente se elevó tanto en el aire que se quedó a vivir arriba de una nube, donde nadie lo molestaría nunca más.



Con el paso de los años, Miopacoa pudo ser un gran guerrero y cuidar de la nación.

A veces, cuando está solo o se siente preocupado por la falta de lluvia o comida, agarra su pluma que cuelga del pecho, observa al cielo, sonríe...

Y comienza a llover.

El niño que se quedó a vivir arriba de una nube.
En su composición se usaron las tipografías Wood Stamp de Dharma Type
en portada y Caballar en interiores. Se imprimió en septiembre de 2021
en Infocolor Impresores. El tiraje fue de 1,000 ejemplares.